

El Nuevo Plan Pastoral

LUCAS, EL EVANGELISTA, EN EL capítulo 18, versículo 8, nos ofrece un mensaje un tanto misterioso de Jesús. Al leer literalmente pareciera que el mismo Dios dudara de su efectividad y capacidad para honrar su propia Palabra de salvar al hombre. El mensaje puesto en boca de Jesús es el siguiente: “... cuando venga el Hijo del hombre ¿encontrará fe en la tierra?”

“El comienzo del fin” que nos narra Mateo, el evangelista, en el capítulo 24, versículos 10-14, estremece. Aquí dice Jesús a sus discípulos, refiriéndose al final de los tiempos: “*Muchos estarán en peligro de ceder, se traicionarán y odiarán mutuamente. Surgirán numerosos falsos profetas que engañarán a mucha gente; y por la maldad que crecerá constantemente se enfriará el amor de la mayoría. Pero el que perseverare hasta el final, ése se salvará. Esta buena noticia del reino se anunciará en el mundo entero...*” Como Cuba está en el mundo -no el mundo en Cuba-, el anuncio se ha hecho y debe continuar haciéndose entre nosotros.

A fines del pasado año, los Obispos cubanos aprobaron el Plan Global de Pastoral que debe orientar los caminos de la Iglesia en Cuba durante los primeros cinco años del Tercer Milenio. El trienio 97-99 fue el tiempo requerido para preparar el Año Santo Jubilar 2000, y en Cuba tuvimos dentro de ese trienio (año 97 y principios del 98) la preparación y la visita del Papa a Cuba. Un fin de siglo bastante agitado para la Iglesia, desde los Obispos hasta los fieles. Agitado también para las autoridades municipales, provinciales o nacionales, no acostumbradas a tratar con una dinámica eclesial más activa.

Los planes pastorales de la Iglesia tienen siempre una proyección trascendente, no se agotan en las realidades temporales, lo que no significa que ignore esas realidades, porque si bien el objetivo último es el encuentro en la Casa del Padre, son los hombres y mujeres de hoy los invitados

a ese encuentro eterno. Por ello el plan es el mismo de hace dos mil años. Es, escribe el Papa Juan Pablo II en la carta *Novo Millennio Ineunte*, “*un programa que no cambia al variar los tiempos y culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunión eficaz*”, pero un programa que formule “*orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad*”.

El comportamiento religioso en La Habana ha mantenido variaciones positivas, considerando las estadísticas sacramentales. Basta una mirada comparativa entre los números del año 1990 y los del 2000. El total de bautizados en 1990 fue de 27 609, en el año 2000 llegó a 33 735, un ligero crecimiento de 2,6 %; la unción de los enfermos fue administrada a 4 054 personas en 1990, llegando a 5 769 el pasado año, un incremento de 42,3 %. Más significativo fue el incremento en los sacramentos de la confirmación, matrimonio y comunión, por ese orden. Las confirmaciones crecieron un 79,6 %, pues en 1990 fueron confirmados 368 habaneros, mientras que en el 2000 recibieron el sacramento 661 habitantes de esta ciudad. En 1990 se celebraron 184 matrimonios por el rito católico, en el año 2000 la cifra llegó a 427, creciendo un 132 %. El mayor incremento, de 200 %, correspondió a la Primera comunión: 746 en 1990, y 2 244 el último año del siglo XX.

Lo anterior da una idea del comportamiento religioso de la sociedad, y aunque suene estimulante, no es un canto de victoria. La fe, que se hace vida, no se reduce a números ni puede ser restringida por las estadísticas. El cristianismo es real cuando se verifica en actos concretos: solidaridad, fidelidad, reconciliación, honestidad, compromiso personal y social, oración, en fin, santidad, lo que no significa mojigatería beata. Es preciso estar dispuestos a relegar el interés personal a la voluntad de ese Dios en quien decimos creer y, desde ahí, dominar ese interés personal: ocuparnos primero de las cosas del Reino para ver después que las demás cosas se nos darán por añadidura.

Es esto precisamente lo que los obispos de Cuba sancionaron en el nuevo Plan Pastoral 2001-2005. Las prioridades pastorales reflejadas en el Plan de la Iglesia en Cuba son tres. La primera es la *formación* de los fieles,

de manera que la conversión implique una auténtica espiritualidad cristiana, no enquistada por una rutinaria asistencia a la misa dominical. No se debe interpretar como la “masificación de la formación cristiana”; la fe no se “aprende” en academias ni se evalúa con exámenes escritos, no nos “graduamos” nunca en la carrera de la fe: la conversión auténtica necesita de cada día. Si hay autenticidad, la formación dará buenos resultados. Se ha tenido en cuenta la realidad, que refleja una “*búsqueda de lo religioso en el ‘alma cristiana del pueblo’*”, del mismo modo que se aprecia, anota el documento de la COCC, “*profundo vacío existencial, miedo, inseguridad ante el futuro, falta de consistencia existencial de la fe... falta de perseverancia...*”

Otra prioridad es potenciar *comunidades vivas y dinámicas* para, según el texto, “*impulsar la evangelización en comunidades cristianas que asumen como desafío su crecimiento interior y la urgencia misionera...*”. Durante el año preparatorio de la visita del Papa (1997), miles de misioneros católicos recorrieron prácticamente cada rincón de la Isla, una minoría (tal vez menos del 5 %) de las casas visitadas no quiso recibir a los visitantes que aprendían a hacer misión en su encuentro con cada una de las familias que visitaban. Pero la actitud misionera es *misión* permanente de la Iglesia.

Una de las debilidades apreciadas en este punto es la falta de compromiso, eclesial y social, de no pocos fieles, obstáculo para fomentar comunidades fuertes. Compensa el hecho de que, la misión desarrollada por otros muchos fieles, ha motivado la creación de nuevas comunidades en casas ubicadas en barrios y zonas carentes de templos (no se ha construido ninguno en los últimos 42 años). Como reconoce el mismo Plan Global, al laico cubano le corresponde una buena dosis de responsabilidad. Poner al día la identidad laical y potenciar su acción, despojándola de cierto paternalismo clerical y manteniendo la unidad en el objetivo pastoral, es quizás el más importante desafío de esta prioridad.

La tercera prioridad, y no por ser la tercera importa menos, es la *promoción humana*. Como sus posibilidades rebasan el ámbito eclesial, es quizás la más estimulante y, por el mismo hecho, la más incomprendida en nuestro entorno social, al menos mientras no se reconozca la misión profética o dimensión social de la Iglesia. Su objetivo es impulsar una pastoral social para alcanzar “*una cultura de la vida y una sociedad más justa*”, pasando por el “*reconocimiento de la dignidad de la persona como hija de Dios*”, procurando la “*reconciliación a todos los niveles y la participación de todos en un proyecto común*”.

El análisis de la realidad reconoce expresiones de “*autoestima, dignidad y creatividad*” que motivan la vida del cubano hoy, a la vez que identifica “*quiebra antropológica de la persona*”, una situación de “*angustia*” ante la “*inseguridad sobre el futuro*”, “*intransigencia*

y agresividad que corroe” a no pocos ciudadanos, así como muestras evidentes de “*irresponsabilidad e indiferencia*” como resultado de una “*desvalorización de la dignidad del trabajo*”. La Doctrina Social de la Iglesia se convierte aquí en un buen instrumento de acción, desde la catequesis primera, hasta la formación de adolescentes, jóvenes y adultos, insistiendo en la dignidad de la persona humana, en la promoción de sus valores, de modo particular, aclara el texto, “*el amor al prójimo, a la Patria*”, así como la honestidad y la búsqueda del “*bien común*”.

El Plan tiene en cuenta también las divisiones y enfrentamientos que afectan la sociedad, pero mirando más allá de las últimas cuatro décadas, y habla de “*heridas históricas*”, como “*rupturas familiares, deterioradas relaciones interpersonales, problemática racial subyacente, el machismo, los enfrentamientos ideológicos y religiosos, las relaciones con los cubanos de la diáspora*”, entre otras que es necesario sanar.

Es en este punto donde, considero, la Iglesia podría dar el salto más atrevido, pero necesario e irrenunciable, en los más de 500 años de presencia en Cuba. La propuesta es nada menos que elaborar una “*teología de la reconciliación para Cuba*”. Pero el reto mayor no será elaborar una teología de reconciliación, sino ponerla en práctica. Es este el lugar donde la Iglesia puede quedar sola frente a las intransigencias de los cubanos que ocupan sólidas posiciones de enfrentamientos históricos, de desgaste crónico. Es precisamente por no agotarse en las realidades temporales que corresponde a la Iglesia proponer la reconciliación y el diálogo como solución a un conflicto largo y viciado de resquemores ideológicos y personales, estancado en el segundo milenio cuando hemos entrado ya en el tercero.

No faltará quien piense que con este Plan Global Pastoral 2001-2005, la Iglesia estará caminando por el filo de la navaja, o quizás buscando lo imposible. Cualquier hombre de fe, o incluso sin fe, con unas cuantas horas de lecturas evangélicas, sabe del compromiso que significa ser cristiano y dar testimonio de ello, tanto para alentar en la esperanza como para proponer la despreciada misericordia. En ello nos va la vida. No es intromisión en los “*asuntos ajenos*”, que en definitiva sólo resultan ajenos cuando no coinciden con los propios, sino más bien mantener caliente el amor que se enfriará en las mayorías, e intentar vivir una autenticidad que demanda cargar cada día con la Cruz, porque nosotros, los discípulos, no somos más que el Maestro. De eso se trata, ni más ni menos.

El Plan aprobado por los Obispos cubanos es serio, muy serio. Los realidades humanas son las que han motivado sus intenciones, pero los juicios humanos contrarios no deben ser el impedimento de su puesta en práctica. Esperamos un juicio que mide con otra ley, donde, nos recuerda san Juan de la Cruz, a la caída de la tarde seremos juzgados en el amor, aunque no haya fe en la tierra. □